

## 2. La puerta de la fe

El día de nuestro bautismo se nos abrió una puerta. La celebración comenzó junto a la entrada de la Iglesia. Allí el sacerdote preguntó a nuestros padres: “¿Qué pedís para vuestro hijo?” Ellos respondieron: “la entrada en la Iglesia” (o bien, según las posibilidades del Ritual: “El bautismo”, “la vida eterna”, o “la gracia de Cristo”). El Bautismo, sacramento de la fe, fue para nosotros la puerta de entrada en la Iglesia.

### a. Una imagen, una pregunta

Pero, ¿qué es una puerta? Como el puerto de montaña o el de mar, la puerta es un lugar de paso – una apertura en un muro – por el cual podemos entrar o salir de una habitación, de una casa, de un parque... La puerta abierta deja pasar, manifiesta la acogida y la posibilidad de diálogo, pero también puede revelar el descuido y la inseguridad de una casa que no está guardada, o una ciudad desprotegida. Por eso, la puerta abierta indica también el frío que entra o el calor que se escapa, desorden, peligro... Cerrada, la puerta impide el paso, es señal de miedo, secreto, falta de acogida, pero también es protección contra el enemigo y contra el frío, señal de intimidad, de un misterio, de un tesoro. Incluso cerradas, las puertas dejan rendijas que permiten adivinar el otro lado, su luz o su frío. Hay también puertas que se nos abren a medias, como las del desconfiado, que abre con la cadena puesta y después de mirar bien por la mirilla... ¿Y la puerta entreabierta? La puerta es entonces una invitación, situación intermedia que nos lleva a abrirla y pasar, o a cerrarla del todo.

Hay puertas de muchos tipos. Las hay blindadas y las hay casi de papel, puertas giratorias en las que se entra y no se sabe salir, corredizas, automáticas que se abren en cuanto uno se acerca, puertas con mirilla o sin ella, puertas antiincendios capaces de detener las llamas; las tiendas las tienen transparentes, casi invisibles si están limpias...

En realidad, por muy altos y robustos que sean los muros y muy profundos los fosos de la ciudad, de nada sirven sin la puerta. Si hay apertura sin puerta, la ciudad no tendrá protección. Pero si falta la puerta no habrá comunicación: no se podrá entrar ni salir y la ciudad morirá de hambre. Es precisa la puerta que hace posible la protección y el intercambio.

Así pues, lo importante de la puerta no es que esté abierta o cerrada, sino que lo esté en el momento adecuado. Mala señal es encontrar cerrada la puerta de un supermercado un lunes a las once de la mañana. Peor será verla abierta ese mismo día a las tres de la madrugada. Por eso, lo importante de la puerta es que se abra y se cierre a su tiempo. Si no es así, surgirá el miedo. Puertas abiertas dan inseguridad, miedo, porque puede entrar cualquiera. Puertas cerradas señalan el temor del habitante, como el de los discípulos tras la muerte de Jesús. La puerta custodia un hogar, una intimidad. Por eso, es preciso saber abrirla y cerrarla a su tiempo. Al pequeño se le advierte: “no abras la puerta a extraños”. Y al mismo tiempo se le ayuda a vencer el miedo a lo que está fuera.

En este sentido, la puerta se presenta como una promesa: atravesarla es introducirse en otra atmósfera, quizá más cálida o más húmeda... A veces, como el armario de los cuentos de Narnia, el otro lado de la puerta nos sorprende enormemente. Y al mismo tiempo, la puerta importa por lo que protege: una ciudad, un hogar, un tesoro. Inútil es la puerta de una casa deshabitada. Solo sirve para evitar los destrozos de los vándalos, pero no tiene ya nada que guardar.

Como promesa para unos y protección para otros, la belleza de la puerta consiste en que a través de ella, el tesoro que custodiamos se puede comunicar, puede crecer al manifestarse. Cruzando el umbral, una familia entra en amistad con otra, un vecino necesitado de media docena de huevos con uno generoso, un maestro de piano con su alumno... La puerta es el lugar del diálogo.

¿Y la puerta de la fe? ¿Dónde nos introduce? ¿Qué es lo que protege? ¿Cuál es su promesa? Tres son las dimensiones de la fe que veremos en estas páginas. En primer lugar, la fe es puerta porque nos introduce en un mundo nuevo, en un hogar. En nuestro bautizo nos introdujeron en la

casa de la Iglesia, en la familia de los hijos de Dios. Nuestra fe, siendo personal, es una realidad comunitaria que nos viene desde fuera. *Yo creo porque nosotros creemos.*

En segundo lugar, entramos en la casa de la Iglesia porque alguien nos invita a atravesarla de forma voluntaria y libre. El que entra obligado en una casa no es acogido, sino encarcelado en ella. Ahora bien, cuando nos bautizaron de niños, no nos preguntaron, ni nos pidieron permiso. ¿No sería mejor que hubiesen esperado unos años para saber qué nos parecía?

Por otra parte, es patente que el número de los bautizados es todavía mucho menor que el de los habitantes del mundo. Llegamos así al tercer punto: la puerta del hogar de la Iglesia delimita un ambiente, un hogar. ¿Qué pasa con los “de fuera”, con los que no pasan por la puerta del bautismo? La Iglesia es una casa llamada a ser para todos, pues “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a la salvación” (1Tim 2, 4). Junto al gozo de pertenecer a la Iglesia, surge inmediatamente la responsabilidad de evangelizar.

## **b. Algo de historia**

b.1. La fe cristiana es desde su origen una realidad comunitaria. El encuentro con Cristo implica siempre el encuentro con los hermanos. Pensemos en los primeros discípulos, llamados de dos en dos; pensemos en Pablo, que después de quedar cegado por la luz, tuvo que acudir a Ananías para ser bautizado y entrar en la comunidad (cfr. Hch 9, 10-17). Pedro fue acusado de ser “uno de los suyos”, uno de los que seguían al Galileo. El Evangelio integra la fe individual en la pertenencia a una familia. Lo mismo vemos en los primeros siglos del cristianismo. Las conversiones son familiares: “Se convirtió Lidia, y con ella toda su casa” (cfr. Hch 16,15.33; 19, 8).

Resultan significativas las primeras formas de la profesión de la fe. Antes de asumir la forma del Símbolo (el Credo: *Creo en...*), la fe se profesaba en un diálogo, con una pregunta y una respuesta: ¿*Crees en...?* *Creo.* La fe se profesaba en un diálogo. Así lo dice San Pablo: la fe nos llega por lo que hemos oído (*fides ex auditu*), por lo que otros nos han contado (Rom 10, 17).

Con el tiempo, esta dimensión comunitaria de la fe se ha oscurecido. Parece que la fe es un acto individual del sujeto aislado: es *mi* fe y *mi* salvación. El papa Benedicto XVI ha reavivado la cuestión en su segunda encíclica (cfr. *Spe Salvi* 13-15). El cristiano no es un especialista en la salvación individual: la fe cristiana una fuerza profundamente comunitaria.

b.2. Entrar en la comunidad cristiana es un acto libre: la llamada de la fe pide nuestro asentimiento. ¿Qué sentido tiene entonces bautizar a un bebé? No faltan hoy los que retrasan el Bautismo de sus hijos. “Será mejor”, dicen, “que lo decida el chico cuando sea mayor”.

Como es natural, los primeros que fueron bautizados por los apóstoles no eran bebés sino hombres y mujeres, bien adultos. El camino de preparación para el bautismo era el Catecumenado, una iniciación a la fe y a la vida cristiana. En los primeros siglos del cristianismo no faltaban los que posponían el Bautismo hasta el lecho de muerte. Las penitencias por los pecados eran exigentes, por lo que algunos retrasaban el don lo más posible, para bautizarse y descansar en paz.

En realidad, los que hacían esto, se olvidaban así de que el Bautismo es una semilla, es decir, un don llamado a crecer y dar fruto en el tiempo. La fe que el Bautismo requiere no es todavía una fe perfecta y madura. De ahí la práctica del Bautismo de niños, que es tradición inmemorial en la Iglesia, ya atestiguada explícitamente en el siglo II. Más aún, es probable que se bautizara a los pequeños desde el comienzo de la predicación apostólica, cuando “casas” enteras se bautizaban (*Catecismo*, 1252).

b.3. El deseo de bautizar a los niños manifiesta el deseo de ofrecer a otros el don que hemos recibido. Es este el mandato que ha recibido la Iglesia y, en ella, todo cristiano: “Id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19).

La obligación y la fuerza del impulso misionero brota de este mandamiento de Jesús, que manifiesta el amor de Dios por todos los hombres. También hoy miles de misioneros predicán el

Evangelio por todo el mundo. Su afán – la entrega de su vida – se funda en el tesoro que anuncian, en el amor de Dios revelado en Jesús.

Ahora bien, esta actividad misionera es limitada. No llega a todos. La voz de Francisco Javier llegó a muchos, pero no alcanzó a todos; ni siquiera penetró en China. ¿Qué decir entonces de esos millones de personas que nunca han escuchado hablar de Jesús? Junto a la humildad del misionero, que reconoce la pobreza de sus manos, puede surgir también el cinismo y el desánimo: “Llegas a pocos. Al fin y al cabo, tú anuncias a Jesús, pero ellos tienen a Mahoma, a Buda...”.

“El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3, 5). Jesús anunció a Nicodemo la necesidad del Bautismo para alcanzar la salvación. Vemos, sin embargo, que muchos mueren sin bautizarse. ¿Cómo es posible entonces que Dios quiera que todos los hombres se salven? ¿Qué culpa pueden tener esos hombres, que nunca escucharon hablar de Jesús?

La Iglesia ha recibido el mandato de bautizar. Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo. Sin embargo, su intervención salvadora no queda reducida a los sacramentos (*Catecismo* 1257). Por caminos conocidos solo por Él, Dios puede llevar a la fe a los que ignoran el Evangelio sin culpa propia.

Así podemos entender una afirmación muy presente en los Padres de la Iglesia: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”. En sentido positivo, la frase expresa que toda salvación viene de Cristo, a través de la Iglesia, que es su Cuerpo. En sentido negativo, se refiere a aquellos que “sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia católica como necesaria para la salvación, no quieren entrar o perseverar en ella” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 14). No se aplica, por tanto, a los que, sin culpa, no conocen a Cristo y a la Iglesia. En efecto, la frase procede de san Cipriano de Cartago (*Epistola* 73), que se dirigía a los cristianos que abandonaban la Iglesia e ingresaban en sectas cismáticas, fuera de la comunión con Roma.

La fuerza de esta frase tan controvertida y mal empleada reside en mostrar que Cristo (y, por tanto, la Iglesia) no es uno más junto a Mahoma, Buda... No es uno más entre otros personajes religiosos: Él es el único mediador entre Dios y los hombres. Los musulmanes, budistas, judíos... que mueran sin recibir el bautismo, podrán salvarse por caminos que Dios conoce, pero será siempre por medio de Jesucristo, el único Salvador (Declaración *Dominus Iesus*, 6 de agosto de 2000).

### c. A la luz de la Escritura

¿Qué nos dice la Escritura sobre la puerta de la fe? No faltan puertas en la Biblia. Están, en primer lugar, las **puertas del cielo**, por la que Dios se comunica con los hombres. Al abrir las compuertas celestes, el Creador envía su lluvia (Gen 7, 11) y envía el maná sobre el pueblo de Israel en su salida de Egipto (cfr. Sal 78, 23-25; Mal 3, 10).

Junto a las del cielo, el Génesis nos habla, en segundo lugar, de las **puertas del Paraíso**. Tras el pecado del hombre, se cerró el acceso al árbol de la vida. Dios colocó en las puertas del jardín de Edén a los querubines y una espada llameante (cfr. Gen 3, 24).

Para que el hombre recupere la amistad con Él y el acceso a esa puerta, Dios toma la iniciativa y llama a Abram: *Sal de tu tierra*. Atraviesa la puerta de tu hogar. Al dejar su casa, Abrahán el don de una descendencia innumerable. Dios construirá para él una familia, una ciudad (Hb 11,16). A su hijo Isaac, le sucederá Jacob. Este verá en un sueño el misterio de la “casa de Dios y la puerta del cielo” (Gen 28,17): a través de una escalera, los ángeles de Dios suben y bajan del cielo a la tierra llevando sus dones.

En tercer lugar, el Antiguo Testamento nos habla de las **puertas de la ciudad**. La puerta no solo permite la protección frente al enemigo. Junto a ella se concentra la vida de la comunidad: es lugar de encuentro (cfr. Job 29, 7; Sal 69, 13), de negocios (cfr. Gen 23, 11-18; Rut 4, 1-11), y sobre todo de juicio (cfr. Dt 21, 19; 22, 15; Job 5, 4; 31, 21). Las puertas indican la justicia y seguridad que

se recibe en la casa y en la ciudad, en la pertenencia a una comunidad. Si está dentro de ellas, el extranjero puede participar de los privilegios de Israel (Ex 20, 10). Así, la señal que salvará a los primogénitos estará en las puertas de las casas de Israel en Egipto (las jambas con la sangre del cordero; cfr. Ex 12).

La puerta designa a la ciudad misma (cfr. Dt 28, 52-57). Sin ella no existe ciudad, y hacerse con ella implica enseñorear la ciudad (cfr. Gen 22, 17). De ahí la costumbre simbólica moderna de “entregar las llaves de la ciudad”, pues quien las posee, es investido de poder (cfr. Is 22, 22).

Las puertas por excelencia son las de **Jerusalén** (cfr. Sal 24, 7; Sal 87; 122; 147, 13). En el Templo del Señor, en Jerusalén se encuentran las puertas del cielo en la tierra. Los judíos que subían peregrinando hacia Jerusalén (José, María y Jesús entre ellos), saltaban de gozo al contemplar sus puertas. “¡Qué alegría cuando me dijeron: *Vamos a la casa del Señor!* Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén” (Sal 122, 1-2). Por sus puertas se entraba dando gracias (cfr. Sal 100, 4).

Pero en Jerusalén también reina la injusticia (cfr. Is 1, 21; 29,21). Por eso, Jeremías clamará, junto a las puertas, que es preciso purificarse (Jer 7; Ez 8-11) y los profetas anunciarán una nueva Jerusalén (Is 26, 1-5; Ez 48, 30; Zac 2, 8). En esta situación, los justos pedirán al Señor su Venida: “¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!” (Is 63, 19; cfr. Miq 2, 12-13).

Esta petición se ha cumplido con la venida de Cristo (cfr. Ap 19, 11). María es la puerta por la que Dios entra en el mundo. Más tarde, en el bautismo de Jesús se abrirá el cielo (Jn 1, 51; Gen 28, 17). **Cristo** se presenta a sí mismo como la Puerta (Jn 10, 9) que conduce a los buenos pastos. Esta, sin embargo, puede cerrarse para el que no es diligente, como las vírgenes necias o el perezoso que escondió su talento.

Desde la cruz, Jesús comenzará su Reinado, abriendo las puertas del Paraíso al ladrón arrepentido: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. La puerta del Edén, cerrada desde el pecado de Adán, ha sido abierta por Cristo. Ahora se nos revela algo todavía más maravilloso: en la Cruz, el costado de Cristo ha sido traspasado por una lanza: tenemos siempre abierta la puerta de su corazón.

Signo de la victoria de Jesús es el sepulcro vacío y la gran piedra (la puerta) de la sepultura, que ha sido abierta. Jesús resucitado es ahora el nuevo lugar de la presencia de Dios, el nuevo templo: “Abridme las puertas de la salvación, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor, los vencedores entrarán por ella (Sal 118, 19-20).

Por su entrega, Jesús recibe del Padre todo poder: las llaves de la muerte y de la vida, para atar y desatar, (cfr. Ap 3, 7; 1, 18). Son las llaves que entregará a Pedro (cfr. Mt 16, 19), de forma que después de Pentecostés, la puerta de la fe se abrirá a muchos. Tras un duro viaje por Asia menor (Turquía), tras ser lapidado y dado por muerto, Pablo se admira de todo lo que Dios ha hecho juntamente con él, y de cómo “ha abierto a los gentiles la puerta de la fe” (Hch 14, 27).

El libro del Apocalipsis nos revela cómo será el fin de la historia. La nueva Jerusalén, ciudad del cielo, tiene doce puertas siempre abiertas, pero por ellas no entra el mal, sino solo los inscritos en el libro de la vida (cfr. Ap 21, 12-27). La puerta, que se cerró con la caída, se ha abierto con Cristo y se abrirá definitivamente al final de los tiempos. “Bienaventurados los que lavan sus vestiduras para tener acceso al árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad” (Ap 22, 14).

#### **d. Para dar vida en el mundo**

Como verdadera puerta, la fe nos introduce en una morada: la Iglesia. Es la casa habitada por la familia de los hijos de Dios, en la que soy acogido. Estar en la Iglesia es estar en casa. Así lo expresa el título de un hermoso libro: *Rome, sweet home* (*Roma, dulce hogar*).

##### **d.1. La fe de una comunidad: *Creo porque creemos***

En la familia de los hijos de Dios recibimos una tradición y un número inmenso de antepasados: patriarcas, profetas, santos, padres y madres de familia, sacerdotes, religiosos,

educadores, médicos... Dios se nos manifiesta así como “el Dios de Abraham, Isaac y Jacob”, el de las personas que han escuchado su palabra y nos han precedido. Muchos de nosotros podemos decir que es “el Dios de mis bisabuelos, mis abuelos, mis padres, mis hijos...”

La fe nos ha venido *por el oído*. La hemos recibido de otros – nuestros padres – que nos han introducido en la Iglesia: nuestra primera misa la escuchamos desde el vientre materno, y después en los brazos paternos o en una silla. No hemos nacido cristianos ni hemos entrado en el mundo creyendo. Es un don que nos ha llegado de fuera: por la palabra. La fe no depende de las cavilaciones de mi mente imaginativa ni de mi reflexión filosófica. Viene por la palabra que pide respuesta y lleva, claro que sí, a la búsqueda filosófica de la verdad. Esta es la estructura permanente de la fe: no es una filosofía sino una llamada, una palabra sorprendente que me precede.

Y, ¿de dónde viene esa llamada? El que me habla es un testigo que es miembro de la Iglesia. Por eso, mi fe procede de una comunidad, de un *nosotros*. Yo creo porque nosotros creemos. “Dios quiere venir a los hombres solo mediante los hombres” (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, 69).

Así, la puerta de la Iglesia nos llama y nos acoge. Es la hospitalidad de Dios para con nosotros. Pertener a una familia tan grande no nos encoge ni empequeñece. Cuando somos invitados a una casa dirigimos nuestra atención a la familia que nos acoge: nos recogemos. Salvo que sea muy urgente, no nos ponemos a hablar por teléfono. Esta atención a la familia anfitriona nos ayuda a entrar en comunión con ella, con sus alegrías, preocupaciones... Lo mismo ocurre en la Iglesia y en nuestra relación con Dios: la acogida nos lleva al recogimiento, y este nos ayuda a sobrecogernos ante la presencia de Dios.

#### **d.2. Una fe libre: respuesta a una invitación**

Nadie vive en la Iglesia obligado. La fe viene por el oído y pide una respuesta. Junto a la puerta de la Iglesia, está también la de nuestro corazón. Junto a ella está Jesús, esperando que le abramos. “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre al puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20). La fe pide nuestra respuesta. Entramos por la puerta de la Iglesia para que Jesús entre en nuestra casa y la ordene.

Pero Jesús, que no es amigo de forzar cerraduras, no solo llama con insistencia sino que también se adelanta a nuestro deseo. Por eso nos bautizaron de niños. Nadie nos pidió permiso, es verdad. Tampoco hubiéramos podido darlo. Pero tampoco se nos pidió permiso para enseñarnos a escribir o a hablar, o a tocar la guitarra... ¡Qué necios hubieran sido nuestros padres si hubieran hecho eso! Hoy seríamos analfabetos, mudos, y les guardaríamos un enorme rencor... En realidad, el don nos precede. Nuestros padres se adelantaron a nuestros deseos, pues sabían que eso era lo mejor para nosotros. Se anticiparon a nuestras peticiones, a lo que anhelaba nuestro corazón.

De este modo, la puerta de la fe se abre a los niños, a los recién nacidos, que renacen en el Bautismo. Jesús está contento de inaugurar una amistad con uno de estos pequeños: “Dejad que los niños se acerquen a mí. No se lo impidáis”. De la boca de los niños de pecho saca el Señor una alabanza.

#### **d.3. Una fe viva: conducir hasta la puerta**

Pero el hogar de la Iglesia no es un refugio ni una trinchera. Es más bien un trampolín desde el que lanzarse al apostolado. La fe se fortalece dándola. Pensemos en lo que ocurre en nuestra casa: nuestros padres nos han enseñado a ser acogedores, a hacer bien de anfitrión, atento, alegre y servicial. ¿Y en la casa de la Iglesia? También aquí se nos llama a la acogida, a crecer en el afán misionero, es decir, la alegría de compartir con muchos el tesoro de nuestra vida, que es la fe, la amistad con Cristo.

Por eso, la Iglesia vive en continua “Jornada de puertas abiertas”. En todo cristiano, padre o madre de familia, estudiante universitario o sacerdote, se oculta un misionero, un apóstol. Al entrar

por la puerta de Iglesia nos convertimos, también nosotros, en puerta para muchos. Ahora que la Iglesia es nuestra casa, podemos recibir en ella a los que llegan cansados de lejos. Podremos así hacernos testigos creíbles y alegres de Cristo, capaces de señalar a muchos la “puerta de la fe”.

Pasar por la puerta exige humildad. Serlo también. El que se convierte y se acerca a la puerta del bautismo, debe abajarse. Como los peregrinos que entran en la basílica de la Natividad en Belén, entrar en la casa de la Iglesia exige agachar la cabeza y adorar al Niño, a Dios con nosotros. Ser puerta también pide humildad. Nadie se queda contemplando una puerta, salvo que sea una obra de arte. La puerta invita a pasar, pide que entremos en el hogar que custodia.

### **e. Conclusión**

¿Qué pedís para vuestro hijo? La entrada en la Iglesia. El Bautismo es la puerta. Comienza después el camino que pasará por la Confirmación – plenitud del Espíritu Santo –, por la Eucaristía – culmen de la vida de la Iglesia –, y por los demás sacramentos. Al final del camino, nos encontraremos con otra puerta, la de la muerte, el paso al hogar del Padre. El recuerdo del origen y del destino de nuestro camino nos ayuda a saborear mejor los pasos de cada día, las puertas que a diario atravesamos. Al final no habrá un abismo sino una puerta, y tras ella los brazos del Padre.

#### **- Tres preguntas para el coloquio**

1. La Iglesia es nuestro hogar. ¿Qué significa que la fe es comunitaria? ¿Valoro el regalo de vivir dentro de la Iglesia? ¿Cómo nos ayuda *Familias de Betania* a ello?

2. La puerta es mediadora. Como Jano, el dios bifronte, mira hacia delante y hacia atrás. Como el mes de enero, es la bisagra entre dos mundos. ¿Soy puerta para muchos? Puerta dispuesta a invitar al equipo a un matrimonio amigo, puerta de fe para los amigos de mis hijos, y para sus padres...

3. La puerta nos habla de acogida. ¿Qué ocurre cuando se abre la puerta de nuestra casa? ¿Cómo nos disponemos a acoger al que llega o a ser acogidos? En concreto, ¿cómo hemos preparado la celebración del sacramento del Bautismo en nuestra familia?

- **Compromiso de equipo.** ¿Cómo favorecer la dimensión apostólica de nuestra familia? ¿Puede nuestro equipo crecer en número con otros matrimonios que se enriquezcan y enriquezcan la reunión?

#### **- Para los interesados en más:**

+ Sobre la fe como realidad comunitaria y la fe del individualista: Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 13-15: ([http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20071130\\_spe-salvi\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi_sp.html))

+ Sobre la relación entre “Creo” y “creemos”: J. Ratzinger, *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1970, 59-76.

+ Nota con indicaciones pastorales para el Año de la fe (Congregación para la Doctrina de la Fe) ([http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20120106\\_nota-anno-fede\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20120106_nota-anno-fede_sp.html))

+ *Salmos graduales* que Jesús rezó cuando peregrinaba a Jerusalén (Sal 120-134).

+ Declaración *Dominus Iesus*, Congregación para la Doctrina de la fe, 6 de agosto de 2000 ([http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20000806\\_dominus-iesus\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20000806_dominus-iesus_sp.html))